

R. 70



1840

SEMANARIO

Pintoresco Español.

Segunda Serie. - TOMO II.

0231



Semanario Pintoresco Español.

(Lectura de las Familias.)

SEGUNDA SERIE.

TOMO 2.º

Dió principio esta segunda serie en 1.º de Enero de 1839, y en el que cumple hoy 31 de diciembre de 1840 (y forma el tomo 2.º de la segunda serie) ha publicado los artículos siguientes, originales y trabajados expresamente, y lo mismo los dibujos y grabados que les acompañan.

[Los artículos que llevan esta señal * tienen grabado.]

ESPAÑA PINTORESCA.

* La catedral de Ciudad-Rodrigo, página 21.—* La catedral de Tenerife, 53.—* La catedral de Burgos, 65.—74.—* Casa consistorial y palacio de Oñate, 81.—* El castillo de Segura, 89.—* Puerta nueva de Santa Engracia de Zaragoza, 96.—* El castillo del Carpio, 97.—* Cueva de Hércules y palacio encantado de Toledo, 100.—* Vista de Castellote, 120.—* El monumento de la catedral de Toledo, 121.—* El antiguo alcázar de Híjar, 137.—* Circo máximo de Toledo, 144.—* El puente de Salamanca, 145.—* La plaza de Salamanca, 153.—166.—* El hospital de los locos en Toledo (vulgo el Nuncio), 156.—* El templo del Pilar en Zaragoza, 161.—* La universidad de Alcalá de Henares, 169.—* El monasterio de Yuste, 176.—* La lonja de Palma, 185.—* La torre de la Malmuerta, 197.—* Vista de Morella, 217.—* El acueducto de Segovia, 249.—* La catedral de Sevilla, 265.—273.—* El monasterio de Lupiana, 297.—* La plaza mayor de Córdoba, 305.—* La cartuja de Valdemusa, 319.—* El monasterio de San Salvador de Oña, 321.—* El castillo de Aguilar, 337.—* Vista de la villa de Almodóvar del Rio, 345.—* El castillo de Bellver, 361.—* San Sebastian de Guipúzcoa, 393.

MADRID ARTÍSTICO.

* El oratorio del Caballero de Gracia, 12.—* El palacio de Liria, 109.—* Galería cubierta y mercado de San Felipe Neri, 124.—* El puente de Toledo, 208.—* Los jardines reservados del Retiro, 209.—* El real palacio, 241.

USOS Y TRAJES PROVINCIALES.

* Los gallegos de Finisterre, 49.—* Los catalanes, 224.—* Los aragoneses, 281.

COSTUMBRES NACIONALES.

* El cuento de vieja, 8.—13.—Los poetas y la melancolía, 54.—* Manuel el Rayo, 67.—* 77.—* 84.—* 93.—* 101.—* Máscaras sin careta, 80.—* La semana santa en Toledo, 110.—117.—* La feria de Almagro, 139.—* El

sesto y sétimo, ó andaluces y manchegos, 181.—* La procesion del Corpus en Sevilla, 187.—* 193.—Las segundas nupcias, 203.—Mariano, 259.—* Una carga de caballería, 271.—Costumbres universitarias: la borla, 328.—* El tío lobo, 343.—* Las vaquillas de San Roque, 348.

HISTORIA DE ESPAÑA.

* D. Alvaro de Luna, 1.—La campana de Huesca, 59.—La batalla de los llanos de Baeza, 90.—99.—Entrada de Felipe II en Sevilla, 180.—Fiestas en Madrid en 1637, 195.—Noticia histórica de los adelantados, 318.—Garcilaso de la Vega (episodio del siglo XIV), 356.—* Pirámides druidicas en la isla de Mallorca, 410.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

* Santa Teresa de Jesus, 37.—El marqués de Villena, 43.—* D. Alonso Perez de Guzman el Bueno, 105.—* El P. Isla, 129.—138.—* D. Pedro Calderon de la Barca, 201.—* D. Gaspar Melchor de Jovellanos, 225.—* Raimundo Lulio, 285.—* Moratin, 289.—D. Antonio Gutierrez, 298.—* Cervantes, 329.—Juan de Juanes, 369.

RECUERDOS HISTORICOS.

La hermosa Fornarina, 19.—De la cautividad en Argel, 45.—La juventud de Napoleon, 287.—291.—* Abdel-Kader, 354.—* Anibal, 359.—* Carlota Corday, 363.

MORAL PUBLICA Y ESTABLECIMIENTOS UTILES.

Caja de ahorros de Madrid, 23.—El amor, 30.—* El instituto de la juventud española, 48.—Morir sin haber vivido, 52.—El fastidioso, 64.

COMERCIO Y NAVEGACION.

Noticias sobre la navegacion del rio Tajo, 69.—* Los barcos de vapor, 233.—La feria de Beaucaire, 240.—El canal de Castilla, 377.

CIENCIAS NATURALES Y ARTES INDUSTRIALES.

Meteorología, causas de los vientos, 5.— * El hombre fósil, 17.— * Ventajas que resultan del empleo y uso de las máquinas, 27.— De la aclimatación de las plantas, 47.— * La fábrica de armas de Toledo, 61.— Minas de carbon de piedra, 86.— Las palmeras, 115.— Meteorología: de las nubes, 125.— * Ciencia heráldica, 177.— Floricultura, 207.— * Cultivo de la vid, 230.— Insectos que destruyen las alfalfas y medio de extinguirlos, 324.— * Los llamas, 401.— La Neurose, 405.

CRITICA LITERARIA.

Colección de poesías en dialecto asturiano, 71.— Revista teatral, 126.—133.— De la novela moderna, 150.— * Noticias del teatro español anterior á Lope de Vega, 163.—172.— Víctor-Hugo y su escuela, 189.— Consideraciones sobre el teatro y el influjo en él ejercido por el romanticismo, 198.— Revista dramática, 213.— Las poesías de D. José Espronceda, 221.—231.— * Poesías de D. Ramon Campoamor, 247.— Las novelitas francesas, 261.— * Recuerdos poéticos de la edad media, 263.— Lenguas orientales, 277.— Poesías de D. Miguel Agustín Príncipe, 309.— El movimiento de España, ó historia de las comunidades de Castilla, 335.— Historia de la civilización española desde la invasión de los árabes hasta la época presente, 355.— * Las obras de Quevedo, 374.— Literatura rabinica española, 379.—395.— * Gil Blas de Santillana, 399.

BELLAS ARTES.

* Rafael de Urbino, 9.— * El museo español de París, 41.— Sobre la demolición de los monumentos artísticos, 230.— Exposición de la academia de San Fernando, 339.— Música: método completo de piano, 347.— * Arquitectura: casa de los Fontes en Murcia, 409.

POESIA.

El rey en la procesion, 7.—15.— Meditacion, 40.—

El suspiro del moro, 56.— * A un sepulcro, 79.— Quintillas inéditas de Baltasar de Alcazar, 80.— La cascada, 88.— Los deleites, 111.— El juicio final, 119.— Mi viaje al lugar, 135.— A unos ojos, 151.— El astro y la noche, 160.— Costumbres andaluzas, 167.—173.— El momento, 192.— La eternidad de Dios (soneto) 208.— A un amigo en la muerte de su esposa, 115.— Al firmamento, 255.— * Moisés, 279.— * Los dos Jaimes, ó la justicia humana, 295.— * El Mesías, 312.— Laura, leyenda histórica, 335.— El valle de mi infancia, 352.— El último suspiro, 368.— Una noche de tempestad, 373.— El hijo de D. Farfan, 407.— El boticario de Zamora, 415.

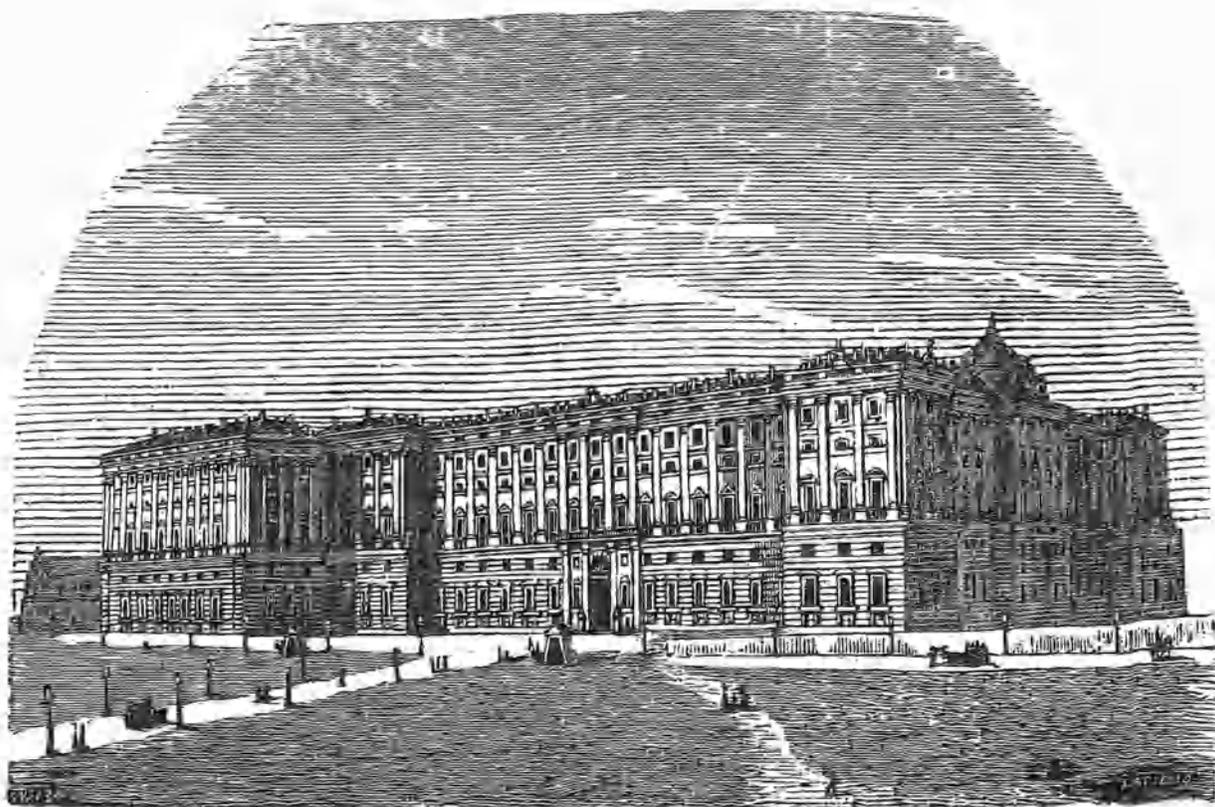
GEOGRAFIA Y VIAJES.

* Costumbres turcas, 25.— * El palacio de Mafra en Portugal, 29.— * Venecia: el palacio del Dux, 33.— * La abadía de Westminster, 57.— * Los baños de Wisbaden, 73.— Sevilla en 1839, 83.— De Sevilla á Córdoba, 92.— Argel moderno, 107.— * Jerusalem en la época de las cruzadas, 113.— Cádiz (1839), 148.— * Vista interior de la bolsa de París, 256.— * La Habana, 257.—269.— Region calaica, 316.— * La torre de porcelana de Nanking, 353.— Egipto: la fuente de Moises, 362.— * La iglesia del Santo Sepulcro, 371.— Nerón rey de las islas de Masacra, 373.—389.— * La hoz de Bárcena, 383.— Italia: Milan, 385.— * Viena, 390.

VARIEDADES.

El fin del año, 4.— Leonora, valada alemana, 31.— Episodio de la guerra de la independencia, 35.— * La torre de Ben-Abil, 122.—131.— * 142.—147.—153.— Las castañuelas en París, 220.— * El lago de Carucedo, 228.—235.— * 242.—250.— Los nidos del tonquin, 279.— El nacimiento de Lope de Vega, 304.— El califa y el astrólogo, 306.— * El marqués de Javalquinto, 313.— El comandante manco y el soldado, 333.—341.— Antonio el siciliano, 381.—388.— El caballero doble, 397.—404.— El caballero negro, 412.

MADRID ARTISTICO.



EL REAL PALACIO.



En la parte mas occidental de esta villa, sobre una eminencia que domina la campiña regada por el Manzanares, y en el mismo sitio que ocupa hoy el Real Palacio, se elevaba el antiguo y famoso Alcázar de Madrid, que fue consumido por un horroroso incendio en la Noche-buena del año de 1734. Felipe V, que reinaba entonces, determinó construir uno nuevo que escediese á aquel en magnificencia, y para ello llamó á su servicio al abate Don Felipe Juvara, natural de Mesina, el mas célebre arquitecto de aquella época: ocupóse este en la traza del Real Palacio, y la ejecutó segun el modelo que se conserva en el museo topográfico del Retiro; pero como la estension que debia tener segun aquel modelo era tan inmensa, eligió Juvara el sitio de los altos de San Bernardino; mas el rey formó empeño de que fuese edificado sobre el terreno que fue el antiguo Alcázar, y se sacrificaron á esta idea los grandes planes de Juvara, y la inmensa ventaja de haberse estendido por aquella parte la poblacion de Madrid, como hubiera sucedido con notables mejoras de salubridad, conveniencia y hermosura. Prevaleció pues el deseo del rey, y D. Juan Bautista Sachetti, natural de Turin, fue el designado por el mismo Juvara antes de morir como el mas apto para esta empresa. Vióse este precisado á trazar otro palacio sobre el sitio del antiguo, aprovechando el declive y desigualdad del

terreno con profundos cimientos para las oficinas y real servidumbre, de modo que lo que no pudo ser en estension y anchura lo fue en profundidad y elevation. Satisfecho el rey con este arbitrio se aprobó la traza y comenzó la obra que hoy existe, poniéndose la primera piedra en 7 de abril de 1737.

Es un cuadrado de 470 pies de linea horizontal, y 100 de altura con salientes en sus ángulos en forma de pavellones, y dos alas aun no concluidas en la fachada principal, que se empezaron en el reinado de Carlos III. Desde el plan terreno hasta la imposta del piso principal se levanta un cuerpo sencillo almohadillado, que forma el zócalo ó basa del cuerpo superior, hecho de buen granito cárdena ó piedra berroqueña, y las jambas y cornisas de las ventanas de piedra blanca de Colmenar. Sobre dicho zócalo se eleva el referido cuerpo superior que inclina al orden jónico en muchas de sus partes, y está adornado de medias columnas y pilastras que sostienen la cornisa superior. Las columnas son doce en los resaltes de los ángulos, y cuatro en el medio de cada una de las fachadas, á escepcion de la parte que son ocho: en los intervalos hay pilastras cuyos capiteles se diferencian de los de las columnas, pues los de estas son jónicos y los de las pilastras dóricos. Todo el edificio está coronado de una balaustrada de piedra que encubre el techo de plomo, sobre la cual estaba colocada en otro tiempo

una serie de estatuas de los reyes de España desde Ataulfo hasta Fernando el VI, y en los resaltes de los ángulos había otras que representaban varios reyes de Navarra, Portugal, Aragon, Méjico, el Perú, y otros soberanos y caciques indios, pero unas y otras se quitaron hace tiempo y existen en las inmensas bóvedas del palacio. Todo el edificio tiene seis puertas principales, cinco en la fachada del sur, que es la principal, y una llamada del Príncipe en la fachada de oriente. Las otras dos fachadas no tienen puertas. El patio es cuadrado con 140 pies de área, poco mas ó menos, y rodeado de un pórtico abierto de nueve arcos en cada lado. El segundo piso es una galería cerrada de cristales que dá entrada á las habitaciones reales y capilla. Entre los arcos del patio hay cuatro estatuas que representan los emperadores romanos naturales de España, Trajano, Adriano, Honorio y Teodosio, obras de D. Felipe de Castro y D. Domingo Olivieri, cuyas estatuas estuvieron antes donde ahora las columnas debajo del balcón principal. La escalera grande es muy suave, y consiste en un solo tiro hasta la meseta ó descanso que hay á la media altura, volviendo despues otros dos paralelos hasta la puerta de entrada por el salon de Guardias; toda la escalera es de mármol manchado de negro: enfrente de ella hay una estatua de mármol de Carlos III, y en los intermedios de las balaustradas dos leones tambien de mármol blanco. Por último, toda la fábrica de este edificio es de una solidez extraordinaria por el espesor de sus paredes, por la profundidad de sus cimientos, por la solidez de sus bóvedas, y por el número de sus columnas. Todo es de piedra, y en él no se empleó mas madera que la necesaria para puertas y ventanas, cuya mayor parte es de caoba; y el aspecto exterior de

este hermoso palacio ofrece una vista imponente y majestuosa. Asi le hubo de parecer á Napoleon cuando al subir la escalera de esta real casa en los primeros dias de diciembre de 1808 dijo poniendo la mano sobre uno de los leones de la balaustrada: «*Je la tiens en fin, cette Espagne si désirée.*» Y luego volviéndose á su hermano, el intruso rey de España, le felicitó en estos términos: «*Mon frere, vous serez mieux logé que moi.*»

EL LAGO DE CARUGEDO.

TRADICION POPULAR.

II.

LA FLOR SIN HOJAS.

Vanitas vanitatum et omnia vanitas.



Si el corazon de Salvador no saliese tan roto y ensangrentado de su primera prueba, sin duda se hubiera estremecido de entusiasmo y de alegría al verse llamado al subline juicio de Dios, de que iba á ser teatro la Vega de Granada, y en que la cruz y la media luna se aprestaban á pelear por el imperio del mundo y de los siglos; pero sí, como dice un famoso poeta, «la flor y verdor de la vida mortal pasa con el dia, y por mas que torne abril, no torna á verdear ni á florecer» no extrañaremos que el cazador de San Mauro

camino de la vuelta de Andalucía pensativo y triste en medio de sus regocijados compañeros. Llamábase Juan Ortega de Prado el que aquel tercio acaudillaba, y era natural del Vierzo: soldado de gran corazón y altos pensamientos, endurecido en las fatigas de la milicia, codicioso de honra antes que de botín. Aficionóse por estrecho de la gentileza y brio de nuestro Salvador, y cautivado de su trato apacible y cortés, de su hidalguía, y hasta de su misma tristeza, estrechó con él amistad y buena correspondencia, en términos, que no poco suavizó sus pesares y dolorosos recuerdos, ensanchando á sus ojos el camino de las armas y de la militar nombradía. Como quiera, la saeta estaba fija y enarbolada en su pecho, y á todas partes llevaba su dolor consigo; pero una esperanza lejana que á manera de crepúsculo dudoso alumbraba su alma por ventura, y además su natural denuedo y noble sangre le encendían en ansia de pelear.

Aguijado de tan generosos ímpetus, llegó con sus compañeros á Córdoba á principios de febrero de 1482. Estaba la tierra toda alborotada y embravecida con la pérdida y desastre de Zahara, acaecida en los últimos días del año anterior, y á fuer de capitanes experimentados aprovechábase Diego de Merlo, asistente de Sevilla á la sazón, y D. Rodrigo Ponce, marqués de Cádiz, del general enoquiñamiento, juntando orillas del Guadalquivir buen golpe de gente con que tamar justa satisfacción del daño y agravio recibidos. No desperdició Juan Ortega la ocasión que se le venía á los muros, antes con gran diligencia enemistóse con su tercio á Sevilla, donde se presentó al marqués de Cádiz, que un poco se holgó de llevar en su compañía tan buena lanza, y le despidió con suma cortesía. Habían venido nuevas de que la villa de Alhama tenía flaca guarnición, y era desapercibida, y determinados de entrarla de rebato, con gran precaución y cautela salieron ambos gases de Sevilla, llevando consigo dos mil y quinientos de á caballo y cuatro mil peones.

Palpitábase el pecho de extraña manera á Salvador al ver cumplido uno de sus mas ardientes deseos. Caminaban con gran priesa y recato por sendas escusadas y tan ásperas, que la fatiga casi llevaba apagada la sed del bostín y el odio á aquella gente descreída, cuando llegaron al fin del tercero día á un valle por todas partes cercado de recuastos y altos collados, donde los soldados supieron que estaban á media legua de Alhama, con lo cual les volvieron las esperanzas y el brio. Concertáronse el de Cádiz y el asistente sobre la manera de dar el ataque, y acordaron que Juan de Ortega y Martín Galindo (soldado también de gran fama) se adelantaran con trescientos soldados pláticos y escogidos, y vieran de apoderarse del castillo. Escusado nos parece decir que Salvador caminaba de los primeros al lado de su capitán, y que llevaba uno de los cargos mas strevidos de tan atrevida empresa. Era una de aquellas noches templadas y serenas que estuenden sus estrellados pabellones sobre la dichosa Andalucía, cuando nuestros aventureros se acercaban recogidos y silenciosos al castillo de Alhama. Hicieron alto guarecidos de unas matas de árboles que allí cerca crecían, y en tanto Martín Galindo, Ortega y Salvador, llegaron por diversos lados á raíz de la misma muralla, para ver si algún rumor por dentro se escuchaba; pero el fuerte castillo asemejábase á un vasto sepulcro, y ni las pasas del centinela, ni el relincho del caballo, daban á conocer la estancia de los guerreros. Estuvo nuestro jóven largo rato con el oído atento y cuidadoso, sin escuchar sino los latidos de su corazón: nada turbaba el silencio del interior ni de las afueras. Arradillóse entonces é hizo una fervorosa plegaria á la madre de Dios, de quien siempre había sido muy devoto, pidiéndole denuedo contra los

enemigos de su nombre. Este nombre santo trájole á los labios otro de dulce y doloroso recuerdo, y pensando que tal vez iba á morir sin que basase su hueso ni una sola lágrima, sintió apretársele el corazón.

Volrían en esto de su ronda Ortega y Martín Galindo, y como le hallaran de hinojos todavía, díjole el primero en tono bajo y un tanto irónico:—¿Os ofrecéis por caballero de la Virgen, Salvador, que así os ponéis á orar antes de la batalla? Pues por la de la Encina, que creí que habíais tenido lugar para eso en San Mauro!—Pesóle de la burla á Salvador, pero nada dijo; sino que llegando con gran priesa á donde el grueso de la gente estaba, y arrebatando una escala, arrióla en seguida á la muralla y subió con valorosa determinación, mientras Ortega y Galindo hacían lo propio por su lado. Esparcieronse los tres por los adarves metiendo tal cual centinela dormido que encontraban; pero Salvador gauoso de aventajarse á todos en aquella memorable facción, echó por una escalera que guiaba al patio, con intención de abrir la puerta á los de afuera y allanar la rendición del castillo. Hízolo así bajando brioso por medio de aquella oscuridad y temeroso silencio, y ya casi alcanzaba el logro de su intento, cuando al pasar junto al cuerpo de guardia que estaba cerca del rastrillo, acertó á salir un moro desceidado y medio desnudo. Sintió rumor de pisadas y preguntó con voz entera:—¿quién va? Respondióle Salvador burlándole de una punta que le hizo dar en tierra, gritando con las ansias de la muerte:—Al arma! los enemigos tenemos dentro.—Despertóse á las voces la guardia, y saliendo de tropel, cerraron con Salvador que por su parte solo sentía el malogro de su empresa. Procuraba ganar terreno hácia la puerta, pero cercábase por todas partes sus enemigos, y aunque sus golpes caían tan recios que no había adarga que los parase, era poco lo que adelantaba. Conoció sus deseos el moro que allí mandaba, y gritó entonces con todas sus fuerzas:—«El rastrillo! bajad el rastrillo!»—Pero no fiándose de nadie, abalanzóse á la escalera con intento de hacerlo por sí propio, mientras los demás, viendo los desmedidos esfuerzos que hacia Salvador para ganar la puerta, redoblaron así mismo los suyos. Apurada era su situación, porque el estruendo que sonaba en los pesadizos del castillo harto claro le daba á entender los peligros que sin duda corrían sus compañeros, y una vez echado el rastrillo, podían los de dentro acudir á la muralla, volcar las escalas, y entonces solo les quedaba una muerte gloriosa y la pesadumbre de ver desvaratada una hazaña de tan venturoso principio. Acorralábanle en tanto mas y mas sus enemigos, y aunque había ya tres tendidos delante de él, ciegos de ira y de vergüenza los demás, atropellaban por todo temor con menosprecio de sus vidas. En este tiempo el jefe de la guardia, puesto ya sobre un terraplén superior, les gritaba.—Apretadle, que va á caer el rastrillo y es nuestro!—cuando dando una gran voz y diciendo—«Mahoma, vasmelo»—cayó con la cabeza hendida por el medio del terraplén abajo. En seguida, y á modo de torbellino, salieron por la puerta de la escalera dos guerreros que traían mal parados delante de sí unos cascos moros, y que sin reparar en el número arrematieron con los contrarios de Salvador. Eran los tales Martín Galindo y Juan de Ortega, y aprovechándose nuestro manco de tan útil diversion, corrió á la puerta del castillo, abridla de par en par, y dió larga entrada á los de afuera que de rondón se precipitaron; rompiendo y destruyendo cuanto se les ponía por delante. Reuniéronse entonces los tres amigos, y puestos á la cabeza de los suyos, poco tardaron en matar á prender el resto de la guarnición, quedando dueños y señores del

castillo. Al día siguiente despues de una porfiada y recia batalla, entraron asimismo en el pueblo los cristianos acudillados por los mismos capitanes de la noche anterior, que se aventajaron maravillosamente á todos los demas.

Puso esta pérdida en gran consternacion á la morisma, como que via á los enemigos en el corazon de sus tierras; y sobre ella se compusieron anedotas y romances de tristísima tonada. El viejo rey Albohacen juntó eceleradamente un ejército de tres mil de á caballo y cincuenta mil peones, y con ellos caminó la vuelta de Alhama. Combatida encarnizadamente durante muchos dias, y aun llegó á secar de madre el río de que se provee aquella villa, pero nada pudo contra el esfuerzo de los cristianos. Distinguióse Salvador en todos los lances y escaramuzas, poco contento de la alta prez que ganara de antemano, de modo que el marqués de Cádiz cobraba gran estimacion y le hizo muchas honras.

Como quiera el aprieto de nuestra gente era tal, que toda la Andalucía se alborotó y conmovió. Contábase por el mas poderoso entre los señores de esta tierra á Don Enrique de Guzman, duque de Medina-Sidonia, y en el tenian puesta toda la esperanza, si bien fiesca por andar revuelto y enemistado con el de Cádiz, pero era harto hidalgo para anteponer particulares enojos al procomunal y á la ley de la caballeria; así fue que sacando el estandarte de Sevilla y juntándose con D. Rodrigo Tellez Giron, maestro de Calatrava; D. Diego Pacheco, marqués de Villena, y otros señores, acudió al socorro de sus hermanos. Alzaron el cerco los moros y se retiraron sin pelear, mientras los cercados salian al encuentro de sus libertadores con lágrimas de alegría en los ojos. El de Cádiz fuere con los brazos abiertos para D. Enrique, y con palabras en sumo grado comedidas y corteses pusieron término á las desavenencias que traian divididas las dos castas, sellando el pacto con el general alhorozo. Pasaron alarde al otro día del ejército cristiano, y á su vista fueron armados caballeros por el de Cádiz Juan Ortega y Salvador, calzándoles las espuelas el de Medina-Sidonia.



Por lo que toca á Martin Galindo, que ya lo era de Santiago, hicieronle presente de una banda de honor y de un riquísimo alfanje cogido en el saco de Alhama. Todos aquellos señores les honraron á porfia, saludándolos como á hombres los mas arriscados y valientes que en aquella faccion se hubiesen mostrado. El de Cádiz sin embargo no fue dueño de sí propio, y harto mostró la predileccion que le merecia Salvador, en los encarecimientos con que lo presentó á los demas caballeros, maravillados de ver tan relevantes prendas en tan cortos años. Sacó entonces nuestro jóven dos cartas del seno y entregó una al maestro de Calatrava y otra al marqués, aguardando en silencio el resultado. A los pocos renglones que hubieron leído, vinieron entrambos á abrazarle diciendo el maestro:—¿Cómo así? Por qué el dendo cercano del valeroso Veremundo Osorio, del mejor amigo de mi padre, no viene á manifestarse á quien tanto le desea?—No menos cortés se mostró el de Cádiz que amaba tambien y respetaba al santo abad, á quien alcanzara en el mundo durante su juventud. Salvador adyvinó al punto todo, puesto que nada supiese de antemano. El amor del piadoso cenobita acompañábale aun allí, y si le habia adornado con un apellido ilustre que en él se extinguia, habiálo hecho para que el mundo le acogiese con mas honra. Sintió el nuevo caballero una emocion profunda, y sin embargo respondió al maestro y al marqués que habia querido aguardar á que su brazo y su prosapia le abonasen al mismo tiempo; pero que sus favores de tal modo escudían el valor de entrambos, que no sabia como mostrarles su agradecimiento.—Escuchad, Salvador, le dijo el maestro despues de mirarle con atención largo rato; aunque ni vuestra cuna ni vuestros hechos os subiesen tan alto, todavia hay en vuestra persona un no sé qué que habla en favor vuestro. Mucho me habiais de honrar si me recibieseis por vuestro amigo y compañero de armas, y no tengo reparo en pedirlo, porque supongo, añadió con donaire, que no sois enemigo de mi noble orden, ni que os desdeñaréis de vestir un día su santo hábito.—El de Cádiz, que lo oyó, dijo á Salvador:—El Maestro me ha ganado por la mano, y harto mas ganaréis en los escuadrones de Calatrava que no en mis banderas; pero sin embargo debéis saber, añadió apretándole la mano, que D. Rodrigo Ponce de Leon os estima y honra de tal manera, que le encontrareis con sus haciendas y su brazo siempre que le hubiereis menester. Los demas caballeros hicieronle tambien por su parte grandes ofrecimientos, y despidiéndose del bizarro Juan de Ortega, salió de Alhama con D. Rodrigo Tellez Giron, del cual no se volvió á separar.

Resplandeciente era la aurora de la carrera militar de Salvador, y ni el mismo pudiera esperar galardón tan alto. Tratábale el maestro con una amistad llena de miramiento y aun de ternura, que mas que otra cosa parecia fraternal cariño; los caballeros de Calatrava teníanle asimismo en mucho, y la gloria le entreabría las puertas de oro de su encantado alcázar. Sin embargo no era feliz; de continuo se le venian á la memoria las rientes praderas de San Mauro, las soledades llenas de los acentos de su amor, y aquel vergel de recuerdos dulces y marchitos que animaba la imágen de María á modo de mariposa bellísima y errante: tan cierto es que el amor en una alma nueva se convierte en una pasión imperiosa y esclusiva que todo lo sujeta y subordina á su influjo.

Hian despachado un correo el de Cádiz y el maestro al venerable Osorio, dándole cuenta de las hazañas de Salvador y de la acogida que le habian hecho; y el mensajero que volvió al poco tiempo trajo cartas de gracias para los dos, y una mas larga para nuestro manébo.

Decíale en ella que apesar de sus vivas diligencias no había podido dar con el paradero de Ursula y María, pero que no por eso pensaba aliojar en sus pesquisas. Hablábale además con efusión y orgullo de la alegría que recibiera con las nuevas de su primera campaña, y concluía con saludables consejos y paternal ternura. Esta carta que Salvador abrió y leyó con indecible ansiedad, amortiguó aquella esperanza pálida y débil ya de suyo que relucía en su alma, y abrió de nuevo las llagas de su corazón. Afortunadamente volvió á resonar en Andalucía el estrépito de las armas, y á traer oportuna diversion á sus pesares. Sucedió por entonces el cerco de Loja, y sabido es que habiendo entrado los moros de rebato de los reales cristianos, cayó herido mortalmente de dos flechas el maestro de Calatrava. Con el espanto dieron los nuestros las espaldas, y cobrando ánimo los moros arremetieron con no vista furia contra el escuadrón de la órden que en punto se agrupó en torno del caído maestro, y mantuvo solo la pelea hasta sacarle del campo; empresa con que salió el cabo Salvador, no sin recibir antes dos heridas. Aquella misma noche espiró D. Rodrigo Tellez Giron: lástima grande para todo el ejército por ser personaje de altas prendas, y en la flor de su edad, que no pasaba de los veinticuatro años. Ni aun en la muerte desmintió la particular amistad que había mostrado á Salvador, y espiró tenuéndole asida de la mano y encomendándose muy encarecidamente á D. Gutierre de Padilla, clavero mayor de la órden.

Coanto sintiese Salvador esta muerte, y cuán hondo le pareciera el vacío que en su corazón dejaba, no hay porque ponderarlo: baste decir que había mirado al maestro con un afecto extraño y misterioso, que venia á ocupar en su pecho el lugar de los dulces cariños de familia, y que su falta ensanchaba sin medida aquel horizonte de soledad que por todas partes descubria. Al día siguiente alzó el rey sus reales y se retiraron en buena ordenanza de sobre Loja. Acudió el marqués de Cádiz á consolar á Salvador en cuanto se le permitian los riesgos del camino, y tornó á hacerle los mas cordiales ofrecimientos; pero D. Gutierre de Padilla le dió á entender que los adelantos y cuidado de aquel mozo eran ya deuda de la órden, promesa de que no se apartó jamás.

No le seguiremos por nuestra parte en todos los azares y peligros de esta porfiada guerra, durante la cual ninguna luz le trageron sobre la suerte de María las diversas cartas que desde San Mauro le enviaba el santo abad. Recibió una cuando pusieron los reyes el cerco á la ciudad de Granada, edificando á su frente la villa de Santa Fé; y en ella le decía que había vuelto atrás de los lióderos mismos del sepulcro hasta donde le llevará una dolorosa enfermedad, pero que recobrado algun tanto había tornado á sus pesquisas sin alcanzar por eso mas que antes; y por último, que iba perdiendo la esperanza de lograr ningún juicio, y aun de volver á ver á su hijo querido, según la prostracion en que había quedado. De esta suerte los años empujaban hácia la huesa al hombre que le había servido de padre; el maestro que como hermano le había mirado descansa ya en su fondo, y aquel amor que un día le sirviera de norte y de luz, desaparecía en las sombras del misterio ó de la muerte quizá. Miró detras de sí; allí la soledad y el vacío: volvió los ojos hácia adelante; allí los combates y su estenuado: alegróse de verlos tan cercanos, y precipitose en ellos con delirio.

Habiase escaramuzado recientemente una tarde, y Salvador se empuñó tanto en aquella ocasion, que vino á dar en una especie de emboscada donde mas de veinte moros le embistieron á la vez. Matáronle el caballo, y aunque, haciendo espaldas de una pared, se defendia vale-

rosamente, era ya su muerte segura, cuando saliendo á galope de un bosquecillo de naranjos un caballero cristiano, cerró de tal suerte con los moros, que dando con dos en tierra y atropellando á los demas, los puso en desfavorida fuga. Cogió entonces de la brida al caballo de uno de los muertos, y entregándose á Salvador, ambos salieron de aquel lugar la vuelta de Santa Fé. Caminaban en silencio, y nuestro jóven maravillado examinaba con suma atencion y curiosidad el arreo y apostura de su misterioso compañero. Era este alto de cuerpo, llevaba baja la celada de su casco, una banda morada cubría parte del pecho y espaldas, y traía en el escudo por divisa un navio con las velas tendidas y en alta mar. Llegaban ya muy cerca de los reales, cuando Salvador rompió el silencio diciendo.—En verdad, señor caballero, que merecáis no ya un hábito el mas calificado de España, sino un reino por vuestra bizarra conducta. Alzad, os ruego, la visera, si queréis honrarme mostrándome el rostro de mi libertador, y aun su nombre para grabarlo en mi memoria eternamente.—« Mi reino no es de este mundo, » repuso el desconocido con voz grave y sonora, y aunque he estado cerca de esta generacion muchos años, ellos no han conocido mis caminos.— Sorprendido se quedó Salvador al oír estas palabras bíblicas y solemnes, pronunciadas con un acento indecible de fuerza y de verdad. El guerrero prosiguió con tono lleno de estabilidad y de dulzura.— Pero vuestra cortesía me obliga tanto, que, puesto que en acorreros mas haya sido mi ganancia que la vuestra para hacer alarde de semejante accion, no solo os descubriré mi rostro sino que tambien os diré mi nombre. Llámame *Cristoval Colon*.— Esto diciendo alzó la celada y mostró á Salvador un semblante reposado y lleno de autoridad. Eran sus ojos garzos, rubio su cabello, y su mirada de águila candal y poderosa. Había en aquella cabeza un no sé que de inspiracion, de fortaleza y de genio tan robusto y pronunciado, que Salvador se sintió penetrado de admiracion y respeto, y como fisco rapaz delante de un coloso. Entraron en esto en Santa Fé, y se separaron cortesmente llevando nuestro mozo el ánimo preocupado y lleno de la idea de aquel hombre misterioso. Preguntó á un caballero de Calatrava quién era Cristoval Colon, y contóle al mismo tiempo la aventura. Dióse á reír el caballero, y le dijo:—Es el loco mas hidalgo y mas valiente que he visto; pero son tan sandios los proyectos que retuelve en su imaginacion, que le han mermado el seso. Habéis de saber que pretende descubrir nada menos que un nuevo mundo, y ha presentado los proyectos á la corte; pero aunque ha fascinado á algunos, los mas le han lastimado por su desatino.

Poco se contentó Salvador de oír hablar con tan escaso comedimiento de un hombre á quien sin saber por que tenia en mucho; amen de que se le hacia duro de creer que la locura ejerciese tamaña superioridad. Era su carácter naturalmente entusiasta, y se color de dar las gracias á Colon por su ayuda, pero en realidad para descorrer algo del velo que le encubria, encaminóse á su posada. Hay lazos secretos y simpatías que ligan á las almas elevadas, y las reúnen en un punto, bien así como una misera luz atrae á dos mariposas que vuelan en distintas direcciones. Por otra parte Salvador había cultivado las ciencias entre los monjes de San Mauro, y por una intencion pronta y feliz comprendió los planes gigantescos del gran Cristoval: de modo que el predominio del genio y el ascendiente de la razon le cautivaron al mismo tiempo con su seducción irresistible. Desde entonces prohibió con ardor aquella idea milagrosa, y fue para el gran Colon como un hermano ó como un hijo.

Entre tanto amaneció el día venturoso de la rendi-

cion de Granada. Era cosa de ver la pompa y magestad de los reyes y sus hijos, las armas y el arreo de los grandes, la tristeza de los moros, y el júbilo colmada de los cristianos. Entró el rey en el castillo de la Alhambra seguido de la flor de la caballería española, y después de hecha oración en acción de gracias, Fray Hernando de Talavera, Arzobispo electo de aquella ciudad, puso la cruz arzobispal, que delante de sí llevaba el de Toledo, en lo mas alto de la torre principal y del homenaje con el estandarte real, y el de Santiago á los lados. Siguióse un alarido inmenso de alegría que llegaba á los cielos: todos los ojos estaban arrasados en lágrimas, y los corazones parecia querérseles salir del pecho á aquellos soldados valerosos. Volvieron los reyes á sus reales después de recibir el parabien y homenaje del nuevo reino, y aquella misma tarde entre los diversos premios que se repartieron; puso D. Fernando de su propia mano el hábito de Calatrava á Salvador, y Doña Isabel le regaló una cadena de oro; lisonjero galardón de su valentía y dechado.

No era cumplido sin embargo su gozo, porque los recuerdos que entenebrecian su corazón, casi cerraban el paso á la luz de esperanza y de gloria que destellaban aquel día las cumbres de la Sierra Nevada; pero aun de este leve resplandor que le llegaba, parecia ofenderse la suerte. Despartiendo estaba con Colon sobre el intentada viaje, cuando un correo que llegó al rey de Galicia, le trajo la última carta de Fray Veremundo Osorio. Llegó de tribulación noticiándole el suceso como habia descubierto el paradero de María, pero que mas se holgara de no haberlo logrado jamás, pues que su triste amante la habia perdido para siempre, y debia rogar á Dios por ella. Desde muy atrás se habia arraigado semejante idea en el ánimo de Salvador, pero la realidad desnuda y yerma acabó de romper en su pecho un resorte que imaginaba ya quebrado, y cortó el último hilo que podía guiarle en el laberinto de la vida. Vió seca de repente la fuente del consuelo; miró en torno de sí y hallóse solo; buscó el estruendo de las batallas, y por donde quiera palpó el silencio de la paz; nada encontraba finalmente donde saciar el ansia de su alma calenturienta y desquiciada. Colon, que comprendia su amargura, le habló entonces de un viaje portentoso, de peligros y de hazañas allá en el confín de la tierra, de una gloria duradera mas que el mundo y que las edades; y la mente exaltada de Salvador guió sus alas hacia estos campos de luz que aquel grande hombre le mostraba.

Después de mil trabajos y penas salió por fin Cristóbal Colon del puerto de Palos de Moguer el día 3 de agosto de 1492, enderezando su rumbo hacia Canarias, y aunque hasta allí pudo llevar sossegados los ánimos de su gente, su viaje en adelante fue un tejido de sublevaciones y de peligros, en que á no haber contado con el corazón de Salvador, se hubiese hallado de todo punto solo. La inmensidad de aquellos mares solitarios donde el ojo y el brazo del mismo Dios eran los únicos que pudiesen verlos y supararlos, y la amistad de aquel hombre extraordinario que caminaba al través de los abismos en busca de una tierra desconocida, derramaron en el alma vacía y desconsolada de nuestro mozo un consuelo inefable y grande como su dolor. Caminaban entre tanto, y su camino parecia sin fin. Los ánimos mexquinos de aquella gente sin fé encendiéronse por último en tales términos, que ya ni la elocuencia y serenidad del almirante, ni el demando de Salvador, podian impedirles que volvieran las proas hacia España. Colon en semejante extremidad les prometió y juró de hacerlo así con tal que á los tres dias no encontrasen tierra; pero apenas los conjurados le dejaron solo con su único amigo, cuando desatinado y alzan-

do los ojos y las manos al cielo, exclamó con el acento de la desesperación: — ¡Oh Dios mio, Dios mio! ¿Me vedareis como á Moisés la entrada en la tierra prometida, á mí que nunca he dudado de vuestra grandeza, á mí que no he tenido mas consuelo en mis tribulaciones que una idea de gloria para vos y para mis hermanos? ¡Oh Dios mio, Dios mio! — Salvador fuera de sí se volvia y revolvia á todas partes, como si pidiese auxilio al espacio y al silencio, cuando de repente y con el rostro inflamado asió del brazo al almirante, y le mostró una bandada de pájaros que batian sus alas hacia ellos. — Vedlas, le dijo con entusiasmo: ved las palomas del arca santa! Dios os las envía sin número cuando á Noé vino una sala. — Eran en efecto todas avecillas de poco vuelo, claro indicio de tierra cercana; pero aquel plazo fatal de los tres dias era como la espada de Damocles para el desolado Colon.

Aquella misma noche á cosa de las diez velaban ambos amigos en el castillo de pops, cuando llamó el almirante la atención de Salvador señalándole una luz como de antorcha que á lo lejos relumbra. Subia el resplandor, bajaba y escondíase como si lo llevase una persona en la mano, y los dos lo observaban palpitando, hasta que Colon exclamó con voz de trueno: — El Nuevo Mundo! El Nuevo Mundo! He aquí que las tinieblas cubrian su faz, y ya lo he secado de las tinieblas! Yo soy el espíritu de Dios que era llevado sobre las aguas! — Al decir esto centelleaban sus ojos de tal modo y estaba tan sublime, que Salvador cayó involuntariamente de rodillas delante de aquel hombre exclamando tambien: — Sí, capitán, sois grande como el espíritu del Señor que cabalgaba en el torbellino. — Avergonzáse Colon entonces de aquel movimiento de orgullo, y dijo alzando á Salvador: — Nunca el vaso de barro se levantará contra el alfarero que lo formó: del Señor es la redondez del orbe y la plenitud del mar, y nosotros no somos sino gusanos delante de él. — Abrazáronse en aquel punto los dos amigos, y largo rato estuvieron así sin hablar palabra. Dos horas después ya las tripulaciones cantaban el *Te Deum* en acción de gracias.

La tierra que vieron al amanecer era la isla de Guanahani, á quien Colon puso por nombre San Salvador, tanto en memoria del Dios que le habia salvado, como de su generoso compañero. Tomaron tierra en seguida en medio de los isleños asombrados, y Colon plantó el estandarte real y la cruz entre las aclamaciones de los suyos, que entonces le adoraban como á un Dios. Aquellos salvajes parecian de condicion blanda y pacífica, y Salvador se internó en la isla, porque su corazón necesitaba latir á solas. Ostentaba aquella tierra todas las galas de la virginidad y de la juventud: sus pájaros, sus árboles, sus flores, todo era nuevo y milagroso; sus arroyos corrían mas dulcemente que los pensamientos de una niña de quince años: era aquella la primer sonrisa de la naturaleza, un sueño de esperanza, de amor y de ventura. Todos los pensamientos de su vida pasada agolpáronse entonces de tropel á la memoria de Salvador, corrió de sus ojos larga vena de llanto, y con el pecho hinchado de sollozos exclamó: — María! María! ¿Por qué no nacimos los dos en este paraiso, lejos de los poderosos de la tierra? Nuestras horas se deslizarian como estos cristalinos arroyos, é iríamos á dar en el Océano del sepulcro con toda nuestra felicidad é inocencia. Angel de luz que estás junto al trono de Dios! Héme aquí solo y errante en estas playas apartadas, el corazón sin amor y el alma sin esperanza! ¡Oh María, María! — Murmuró en voz mas baja y se sentó llorando en la soledad con indecible amargura. Recobróse por fin al cabo de una buena pieza, y enjugándose las lágrimas fue á reunirse con sus compañeros y con

Cristóbal Colón, de quien no se separó hasta su catástrofe, bien conocida de todos. Sabido es que los grillos y una sentencia de muerte fueron el galardón de sus servicios, y aunque el rey le recibió con distinción después, y se enojó por demas de la barbarie del juez Bobadilla, ni castigó á este ni devolvió á Colón sus honores y prerogativas.

Salvador pensó entonces en la justicia de los hombres y en las mentirosas glorias del mundo: la hiel que por tanto tiempo había ido filtrando en su corazón se derramó de él y emponzoñó su alma. Vió agostada aquella riquísima cosecha de fama y de honor que había soñado; se sonrió amargamente y exclamó meneando la cabeza: «Vandad de vanidades y todo es vanidad!» Volvió entonces su corazón al padre de las misericordias, y diciendo un á Dios eterno al desgraciado Colón, tomó el camino de San Mauro de Villarrando, resuelto á aguardar la muerte bajo sus bóvedas silenciosas.

ENRIQUE GIL.

CRITICA LITERARIA.

POESIAS

DE D. RAMON CAMPOAMOR (1).



scasas como son hoy las ocasiones de sincero encomio, que se le ofrecen al escritor imparcial y desapasionado, aprovechamos gustosos esta que se nos presenta de hacer justicia al talento de uno de los jóvenes mas aprovechados de nuestros dias, y de llamar la atención del público, que asaz perezoso y soñoliento, ha siempre menester del acicate de la critica para fijar su desdeñosa vista sobre el que descuella rico en obras y en porvenir, en ese tan difícil como anchuroso campo de la literatura.

Hay una circunstancia que de por sí abona las poesias del Sr. Campoamor; que una corporacion, un instituto artístico y literario las haya impreso de su cuenta, dando así principio á la positiva proteccion que ha de dispensar en adelante al saber y al genio, contribuyendo á la difusión de las obras que sean dignas de esta honra. Fáltanos ahora averiguar si la del jóven poeta, objeto del presente artículo, es digna de la prelación que ha obtenido, y si el Liceo ha andado cuerdo en dar principio á su loable empresa, por el tomo que á la vista tenemos. Corolario indispensable ha de ser del favorable fallo que arriba emitimos, la aprobacion del pensamiento práctico de aquel instituto.

Abramos ahora el libro al acaso y leamos la página que se nos presente. Tiene por título la composicion en que hemos tropezado *La guirnalda*, y es un fantástico ensueño del poeta que cree ver á aquella suspendida de los aires, y aguardando á que la mano de una hermosa se la ciña blandamente á sus sienes. Gózase con infantil placer describiendo ora las oscilaciones de la florida cadena, ora pensando quien será la fortunada virgen que para sí la logre:

Palma del mejor modelo
será esa guirnalda hermosa,
que al aire ondea graciosa
enjoiando el iris del Cielo,
listada de azul y gualda

sus bellas flores nacieron;
jamás las gracias regieron
tan peregrina guirnalda.
Ved las auras amorosas
¡como vagando la mecen!
ved ¡que conformes parecen
entre los lirios las rosas!

Y cuan gallardas las flores
dán, con gentil movimiento,
capullos y hojas al viento,
frescura, esencia y colores!
Si alguna entre tanta bella,
aspira al don soberano,
levante airosa la mano
y ciña su sien con ellas.
Mas cuide no se la ciña
sin ser de haldad modelo,
pues pagará, vive el Cielo,
su inadvertencia de niña.

Y fresca y suave y pura
sobre los aires flotando,
desde hoy la dejó esperando
la Reina de la hermosura.

Quien así sueña gratamente, quien tan bellos delirios alimenta, ese no debe haber perdido ninguna de las ilusiones de la infancia, nada de ese rico tesoro que un dia y otro van mermando, hasta quedar como un triste recuerdo que martiriza al alma, porque manifiesta cuanto es amarga la realidad después de las dulces fantasias que con nosotros crecieron en la cuna.

Nada hay de escepticismo en las frescas composiciones de Campoamor: su alma henchida de fe y de pureza, solo vé las rosas del mundo, porque aun no ha sentido sus espinas; mecido así por las halagüeñas esperanzas que engendra, canta el inocente vuelo de la mariposa, y el ahan de la niña, que imagen del hombre corriendo en pús de la felicidad, se afana ganosa de coger el matizado insecto: aquí el poeta es filósofo, tal vez por justiato, y donde no vió mas que la vana porfia de una niña, halla el pensador un punto de graves y amargas meditaciones.

Y tiernas flores hollando,
y frescas áuras haliendo,
la niña sigue corriendo,
la mariposa volando.

Corona este pensamiento finis el de toda la composicion, y termina dignamente aquella delicada alegoría, que presenta dos faces, no menos bella la una que la otra; la apariencia y el fondo, la idea y el desempeño; que igualmente honran al filósofo que al poeta. Créase este en sus delirios un mundo á la vez ideal y positivo, que tiene de lo primero la forma y de lo segundo la expresion; en cada flor, en cada arroyo, en cada onda levísima y transparente, halla mil gratas imágenes, que con sentido acento, con suave franqueza, describe ligera y minuciosamente. Nuevo rey de Arcadia, posee verjeles, y praderas y dilatados bosques: en ellos no moran ya las pastoras de otro tiempo; en ellos no suena ya la flauta amorosa de Fileno, ni la zampoña rústica de Batilo; si el teatro es el mismo, los actores han cambiado de trago y de nombre, que extraño anacronismo fuera pintarnos al blondo y amoroso pastor apacentando su rebaño, cuando otra tan diferente realidad tenemos. No; hoy el poeta no vé esas que podemos llamar visiones; hoy nos cuenta á nosotros, torpes y descreídos cortesanos, los placeres y la poesia de la naturaleza, que es de suyo sobrado magnífica para necesitar de actores humanos, y sonlo de ella los rios, las áuras, las flores, los insectos, las aves, las maravillas todas de la creación. ¡Y como al escuchar todas esas belle-

(1). Un tomo en 8.º Véndese en la portería del Liceo.

zas que ignorábamos, como resaba por nuestra mente no tardó peser, un sentimiento vago de amargura, y tal vez una loca envidia, al ver á quien supo descubrir á nuestro lado un manantial de goces y de tranquilos deleites, que nosotros no habíamos adivinado!....

Y si se duda de esto que asentamos, ábrase el libro por dó quier, y por dó quier se hallará el testimonio de nuestras palabras; ni tampoco se crea que no es verdadera la poesía de Campoamor; si en el alba y en el anochecer no vemos mas que el día que nace y el día que muere, culpa es nuestra que no contemplamos el espectáculo magnífico de la creación, que no vemos sus galas ni sus prodigios; que miramos al sol cuando nos alumbrá, y que le olvidamos en cuanto se esconde. En las tres bellísimas silvas á la luz está descrito con admirable verdad el movimiento de la naturaleza en tres épocas distintas: el cuadro que presenta el poeta al despuntar la aurora, es grato, apacible y halagüeño.

Ya la luz matutina,
fantástica, riente,
se asoma peregrina
por el rosado oriente,
y rica y esplendente
entre risas y perlas se avicina.
En las auras pasando
sus levisimas huellas
ligeras vá estampando,
las nubes matizando
estas de nieve, de carmin aquellas.
Ya las tiñe nevada
riendo lulluciosa,
ya en sus limpios vapores
partida en mil colores
las esmalta rosada,
bellas, si colorada,
pero si blanca, hermosa.
Y así pasando leve,
fugas, de nube en nube,
pisando veleidosas,
con su fulgida huella,
esta con pies de nieve,
con pies de rosa aquella,
la luz de la mañana
por el oriente sube,
derramando luzes
con grata confusion jazmin y rosa.

Las despeñadas fuentes
su cenida celebran,
hiviendo transparentes,
y con bullie sonora
entre las guijas de oro
cajando espumas, sus cristales quiebran.
El amoroso bando
de céfiras suaves
vá par el valle errando,
sin fin multiplicando
los dulces ecos de las dulces aves.
Saludan la alborada
los arroyos corriendo,
los pájaros trinando;
aquellos las orillas
de perlas guaraciendo,
y estas al aire blando
plumas e sonos dando.

Descúbrese aquí el profundo estudio que el jóven poeta ha hecho de los buenos modelos en este género, y bien á las claras se nota que ha sazonado su inspiración la suave musa de Rioja. Con pesar renunciámos á señalar otras bellezas de esta y de otras composiciones; que-

rémolas tambien dejar vírgenes para que el lector mas goce hallándolas hermosas, sin que nadie sino su propia razon se lo haya dicho.

Pero, se nos opondrá por algunos, «semejante escuela, tan apacible estilo, no es el que corresponde á nuestra edad, no es el que reclama nuestro siglo, porque no está en armonía con sus pasiones violentas, ni con su espíritu fogoso y ardiente.»—Y que, ¿son menos bellas por eso las obras del Sr. Campoamor? ¿Ha de circunscribirse la poesía á las pasiones humanas, ha de ser siempre una epopeya, no ha de enseñar los goces apacibles de la vida, pues que la otra enseña sus borrascas y sus dolores?... Para algunos, hoy solo es posible la poesía, que sino creó, desenvulvió al menos Byron; para algunos, todo ha de ser en ella profundo y amargo; para algunos, con Argensola, Garcilaso y Góngora, pasó la edad y el gusto de sus obras. Errada como es, y perjudicial como nos parece esta opinión, creémosla con todo sobrado débil para que nos esforcemos en combatirla: fatales serian las consecuencias si se tratase de limitar el horizonte por donde puede revolver el genio; si se le marcase el espacio que hubiese de recorrer, y si se le pusiesen vallas y diques. Concedámos que hoy día el siglo de Napoleon ha variado nuestros gustos y nuestras creencias; no soñemos con las zagalas, ni con los pastores amorosos que tan bien retrataron nuestros grandes poetas; pero no prostituyamos los accesorios, los medios, los fines de sus obras con un loco espíritu de novacion y de progreso.

El Sr. Campoamor ha tomado de los eminentes modelos de nuestra poesía, lo que puede sin riesgo adoptarse; á ello ha unido su imaginacion creadora, su sutil ingenio, y se ha formado así un género que con razon puede llamar propio: en el hermano lo apacible con lo sublime; la verdad con la belleza; el sentimiento con la voluptuosidad. Rico en imágenes, exacto y claro en la locucion, terso en el estilo, se ostenta siempre variado y ameno: recorre el lector su libro sin apercibirse de ello, y como la afanosa abeja que liba las flores mas frescas y galanas, así pasa aquel de una en otra composicion, hasta que la última termina su grato éxtasis. ¿Y despues de esto se nos dirá por alguno que no responde este género á las exigencias de nuestro siglo, que es en él pálido y opaco, que Byron, Victor Hugo y Lamartine le han hecho imposible?... Nosotros mas eclécticos, mas tolerantes, aceptamos las obras y la escuela de esos tres poetas, porque en lo bueno no hay escuela, y la belleza las comprende á todas; pero para descansar de los dolores de la vida, para olvidar sus penas y sus angustias, haya un bálsamo que aplaque el ardor de la fiebre; haya una fresca gruta donde descanse la mente inquieta; haya en fin un florido pensil donde se aduerma el ánimo gratamente; siquiera al despertar parezca la realidad mas áspera y mas dura.

R. DE NAVARRETE.



ADVERTENCIA. Los señores suscritores á la segunda edición del Semanario, pueden desde hoy acudir á recoger la tercera y cuarta entregas reunidas del tomo segundo (1837), con lo cual queda completo dicho tomo y abierta la suscripción al tercero (1838) que está en prensa.